

ANÁLISIS DEL PARTIDO LIBERAL Y LAS REFORMAS POLÍTICAS (1980)

Alberto Lleras Camargo

Discurso pronunciado por el ex presidente Alberto Lleras en el banquete del Movimiento Liberal por Medellín

Por lo que hace a mí esta va a ser una conversación entre amigos. No voy a incurrir en la imprecisión, hoy tan de moda, de llamarla "diálogo". Como es sabido, en estas materias políticas un diálogo es en realidad un monólogo de dos o más personas, en que los interlocutores se cuidan muy bien de no fijarse en lo que dicen los demás, sino en el ruido de sus propias palabras, en su entonación y en su posible capacidad persuasiva. No es lo que me propongo, sin embargo. Ya entrando en la vejez, cuando las gentes oyen con indiferencia mis opiniones, y con negligente benevolencia sobre su importancia, porque piensan que son muy antiguas y apenas un testimonio de cosas viejas, confuso por distancia tan larga de los acontecimientos, no quiero, en modo alguno, suscitar controversias. Eso es, sin embargo, lo que gusta en el campo político, da lugar a encabezados sensacionales, y a confrontaciones con otras personas, cuidadosas de su reputación histórica. Casi diría que prefiero el tono que más conviene a la senectud, del consejo, que nadie toma en serio ni sigue, probablemente con razón. Desde luego, me gusta participar de una fiesta liberal, como esta, promovida por miembros de una generación relativamente nueva, si se compara con la mía. Entre los asistentes hay muchos liberales que no recuerdan trozos importantes de la historia de este partido, y que se preocupan más por su porvenir que por su pasado, lo cual está muy bien. Se puede asegurar, sin embargo, que es mejor este último que el primero, cualquiera que sobrevenga. No creo, empero, que ese futuro vaya a ser desastroso, ateniéndome a ciertas modalidades de la obra anterior y a las simpatías y aún pasiones que despertó en otros tiempos. No está el liberalismo, ciertamente, destinado a desaparecer de la historia colombiana, que es, en gran parte, su creación, porque se trataría de un hundimiento de proporciones cósmicas y aún mitológicas, como el de la Atlántida en el relato del Timeo, guardadas desde luego razonables proporciones. Puede tener reveses transitorios, golpes más o menos fuertes de la adversa fortuna, pero no está destinado a perecer, y menos en una época como la actual, en la cual, por doquiera, están amenazadas las libertades del individuo y los derechos de los pueblos a una vida mejor. Otros partidos se acomodan con más facilidad a esas situaciones de intransigencia y de tiranía, pero el nuestro no. La adaptación prodigiosa de su pensamiento a las modalidades más atrevidas de intervención del Estado y de corrección de las fuerzas humanas por la voluntad colectiva de la ley, no lo hace, desde luego, anacrónico. Y su desaparición o su decadencia, es el prólogo para las reacciones más intolerantes y para emprender un viaje de regreso a tiempos de oscuridad en que el Estado, combinado con otras potestades, logró mantener por siglos a los pueblos en situaciones de ignorancia y miseria que ni siquiera podían descubrirse y ventilarse con el uso de la razón y de la palabra escrita o promulgada en cualquier forma

EL LIBERALISMO Y LA NACIÓN

El liberalismo es contemporáneo de la nación y a veces la antecede. Claro que quienes tienen un concepto personalista de la historia les dan a los partidos su origen en ciertas grandes figuras de la Guerra Magna o en algunas que se destacaron posteriormente en el gobierno o en la oposición. Es también que, como organización de partido político el liberalismo deba reconocer un momento inicial tardío, por cuanto nuestras agrupaciones sectarias lo tienen. Pero la verdad es que siempre hubo

liberalismo, siempre hubo conservatismo, y mucho trasvase de personas de un grupo al otro. La existencia de una o varias coaliciones reaccionarias, que querían mantenerlo todo más o menos como lo mantenían los españoles, y de su oposición abierta, eminentemente liberal, prueba mi aserción. Aún es posible que la misma persona en diversas épocas y circunstancias haya sido liberal y luego conservadora, como se observa en el caso del general Santander, cuyos esfuerzos como vicepresidente de la Gran Colombia para contrarrestar firme y calladamente los excesos de la casta militar y el propio Bolívar, son casos de liberalismo larvado, y en la Presidencia, en cambio, pero no excepcionalmente, fue autoritario, "pusilánime", y aplicó la ley con una dureza que los propios conmitones de El Libertador tuvieron que sufrir y no consideraban justa. Sin embargo, los liberales más ardientes lo acompañaron hasta la muerte en la cual, entre rezos y riguroso reparto de sus bienes a los parientes, desapareció, todavía joven, el fundador de la institucionalidad colombiana. Ciertamente que también había fusilado durante la guerra contra los españoles, pero su resistencia a las arbitrariedades de Bolívar y a la extensión inmoderada de sus facultades, causa inmediata de esa rencilla histórica, que nos perdió a todos, según la expresión de este último; la intención de la Convención de Ocaña; su empeño de someter a la ley la marcha misma de los ejércitos bolivarianos por el continente y su oposición a la monarquía, muestran bien quién era el jefe del liberalismo naciente y vigoroso, que después jamás se extinguiría en el país, y encabezaría la lucha contra todas las dictaduras

EL PARTIDO Y LA IGLESIA

También es cierto que el partido, acosado por excepcionales circunstancias, más de una vez abandonó su carácter y cometió actos contrarios a sus ideas. Mantenía por ejemplo la tesis -que está todavía vigente de que Estado e Iglesia debían separarse, abolirse el patronato español, y mantener buenas relaciones, con el mínimo de contacto y sin intervenciones recíprocas. Los liberales no fueron, sin embargo, capaces en el gobierno de sostener esa posición. Les aterraba la idea de que una Iglesia beligerante creara dificultades y aun revoluciones. Les fascinaba, mantener a la Iglesia en tuición, de nombrar obispos y curas, de ejercer condominio sobre el inmenso Imperio reaccionario y poderoso heredado de los Reyes Católicos. Y eso fue lo que hicieron. De allí se derivaron muchas de sus torpezas posteriores y tamaña contradicción con sus principios lo llevó a una pugna continua con jerarcas eclesiásticos -que el liberalismo desterró y persiguió- y con curas y conservadores, en todo el país por buena parte del siglo XIX. La Iglesia libre dentro del Estado libre, el tema de Cavour, no fue propósito liberal, y está aplazado para realizarlo en nuestro tiempo. Mientras no ocurra esta transformación indispensable, el liberalismo y el conservatismo seguirán jugando a utilizar a la Iglesia en sus luchas y ésta no resistirá la tentación terrenal de dominar la organización estatal, lo único que no está sometido, aparentemente, a su poder y la libertad de conciencia, por donde este se le escapa.

Las leyes de manos muertas preparadas para Mosquera por Núñez -que le fueron perdonadas, junto con sus demás pecados, con la Orden Piana, a cambio de La Regeneración-, como leyes civiles contra situaciones de hecho que inmovilizaban gran parte de la propiedad inmueble de Colombia, fueron, sin duda, buenas, pero el destierro de obispos, el cierre de conventos y la persecución a la Iglesia fueron antiliberales y combatidas por liberales, en Rionegro, y posteriormente por los más destacados jefes del partido. No resulta, tampoco, juzgada hoy, muy liberal la etapa radical, pero si se la mira a la luz de opiniones y concepciones que entonces apenas comenzaban a escribirse y desarrollarse por Marx y Engels en Europa y de la filosofía intervencionista del Estado. Lo fue sin embargo, si se la toma como una lucha

denodada y brillantísima contra las modalidades de la colonia española y por la liberación de los espíritus, menos, si, contra los aspectos rústicos de la propiedad privada y de la empresa individualista, apenas naciente, y por ello, todavía poco peligrosa

UNA CONQUISTA LIBERAL

En cambio, una forma feudal de la propiedad, la esclavitud, fue destruida bajo la administración de José Hilario López, con la protesta de hidalgos conservadores y de mineros del Cauca que hicieron todo lo posible para escapar a la determinación, inclusive embarcando para el Perú a los esclavos y esclavas embarazadas. Don Julio, el gran don Julio Arboleda del partido conservador, estuvo en este negocio y combatió al liberalismo hasta con la revolución cristera, de allí en adelante. Claro que por entonces Colombia no estaba en las mismas condiciones de Inglaterra, que hicieron entrever a Marx, sobre la miseria reinante del proletariado, el paraíso anunciado en el Manifiesto Comunista

En 1886 se hundió, y no en limpia lid, el liberalismo, y entre los pantanos de La Humareda se apagaron los restos de una época exagerada, romántica, ilusa e, ideológicamente, más dentro de su tiempo, que lo que siguió para Colombia. Hay quienes encontraron mejor el centralismo, el Estado confesional, la monarquía desgraciadamente electiva, del señor Caro que lo que había habido hasta entonces. Lo que siguió hasta 1910 fue una dictadura institucionalizada, regida por leyes de excepción, y un estado de sitio permanente, aplicado con rigor extremo. Y el liberalismo, no como partido, que fue prácticamente disuelto y tratado como vencido en guerra, siguió respirando y su voz solitaria, la de Uribe Uribe en la Cámara impugnando al régimen, vale tanto o más que todas las batallas de 1895 o las de la guerra de los tres años. Por lo menos ese frío y quemante razonar ante un cuerpo deliberante de; enemigos para mostrar las contradicciones y violencias de La Regeneración, nos explica mucho mejor que el recuento de los hechos de armas, qué ocurría y dónde estaba el liberalismo. No necesariamente con la victoria, sino con la justicia y con el pueblo

CONTRADICCIONES Y CAMBIOS

Está bien establecer que no siempre el liberalismo logra coincidir con el partido, organizado o anárquico, y que este muchas veces se ha separado de sus ideales y principios para confundir sus intereses con los de una casta burocrática, que estaba muy a gusto hasta 1930 en una condición minoritaria aceptada de antemano y sin revocatoria, pero que no le exigía esfuerzo alguno. La mayor parte de los historiadores modernos afirman que el siglo XIX perduró hasta el triunfo liberal de 1930, y que es posible ver, desde entonces, un cambio fundamental en la vida republicana que inicia el siglo XX. El liberalismo, las ideas liberales se identifican con el partido victorioso y el país comienza a cambiar vertiginosamente, aunque adaptando su conducta a las circunstancias y a la fuerza de la reacción que no quería innovaciones ni cambios. En realidad los más grandes comienzan a producirse bajo la administración de Alfonso López Pumarejo en 1934, y la república liberal los impulsa y desarrolla. Ese es el gobierno de la transformación ideológica del partido, hacia la intervención estatal, la limitación drástica a la propiedad, las reformas de la educación, las del sufragio, las fiscales que por primera vez sacudieron y lanzaron a la oposición a los representantes de los intereses económicos que no habían sido tocados aun en sus más grandes abusos. La administración López origina una nueva división de los colombianos en los dos partidos tradicionales. Y desde entonces el país ha indicado en cada elección, su

voluntad mayoritaria a favor del liberalismo. Aun en la división de 1946, que originó la victoria de Ospina Pérez, y hasta que fue cerrado el Congreso en un gesto tradicional del sistema conservador, el liberalismo siguió conservando su mayoría, y para elegir a Laureano Gómez fue preciso aplicar la violencia, estado de sitio y provocar la abstención liberal cuando hasta su candidato fue atacado por la policía y su hermano muerto en las calles de la capital de la República

EL PARTIDO Y LA DICTADURA

Como obvia consecuencia de toda esta situación de violencia, el gobierno pasó a manos del jefe militar más connotado como conservador, y se instauró una dictadura personal que el liberalismo destruyó con un movimiento que logró recoger la opinión conservadora para la lucha común. Sobrevinieron dieciséis años de Frente Nacional en que el partido, compartiendo la responsabilidad del gobierno con el conservatismo, logró imponer principios, libertades y formas de gobierno avanzadas, aunque, claro está, no tanto que no pudieran ser aprobadas por el conservatismo. Los dos últimos gobiernos han preservado el sistema en sus líneas generales, lo cual demuestra que se acomodó a la conciencia política nacional, y no que la contrarió y redujo

EL APOYO AL GOBIERNO

Ahora se dice que el liberalismo, como partido, tiene una misión que algunos hacen casi exclusiva: la de apoyar a su gobierno. Es ella apenas lógica, porque los partidos no pueden elegir a sus gobernantes para volverles la espalda o para observar sus movimientos con el desinterés de espectadores imparciales y alejados del proceso político. Pero eso no es sino uno de sus deberes y compromisos, que no recorta, seguramente, el juicio crítico que pueda hacerse a cada uno de los actos del gobierno, a algunos de sus programas concretos y a la manera de ejecutarlos. Pero el programa esencial del liberalismo es el mantenimiento de las ideas liberales y sus compromisos con el pueblo, que van más allá de la administración actual o de las anteriores, se extienden al porvenir, libre, ampliamente, vigorosamente, como una esperanza y una solución ideológica y pragmática de los grandes problemas de nuestro tiempo

NO ABANDONAR LA RUTA

Para mí, no hay necesidad de abandonar la ruta que traíamos, ni las grandes líneas de nuestra presencia en la sociedad colombiana, que son las que justifican nuestra supervivencia. No tenemos que cambiarle al liberalismo su glorioso nombre ni al partido los propósitos que lo han hecho más popular. Ni, desde luego, hacerlo menos liberal, sino más liberal. Dondequiera que la organización de la comunidad esté endureciéndose, tornándose personalista, haciéndose inmune a la opinión pública por un proceso de organización corrompida y corruptora, lo que tenemos que hacer no es declararnos vencidos por la fuerza de los apetitos de la burocracia y de las mafias políticas, sino abrir más las puertas del sistema para que entre por ellas la voluntad del pueblo, por la vía más rápida y más eficaz.

Discrepo totalmente de las razones que han llevado al liberalismo a la concentración y eliminación de votaciones, es decir, de oportunidades al pueblo de intervenir en sus destinos. Creo que un liberalismo activo y resuelto debería aumentar el número de esas oportunidades y las causas de la convocación del pueblo a emitir su opinión en los comicios. Se me ocurre que sería conveniente establecer sistemas que le permitan no solamente intervenir en la elección de funcionarios públicos, sino de candidatos de los partidos para presentarlos al debate final contra sus oponentes. Hay en los

procedimientos aceptados en Colombia muchos sitios en donde se tuerce, o se dirige despóticamente la voluntad del elector, como en los sistemas de lista para elegir los miembros de concejos, asambleas, representantes y senadores. El sistema unipersonal y las circunscripciones reducidas para que en cada caso exista por parte del elector el conocimiento personal de quien aspira a su voto, son mejores y más liberales. Y tengo la convicción de que adoptándolo, y además haciendo más frecuentes las elecciones, y no -como ha venido ocurriendo- menos y más concentradas, se lograría en breve tiempo interesar a la opinión que muestra poca apetencia por votar, es decir, reducir la abstención. El elector que vea traducidas inmediatamente sus aspiraciones y que tenga la sensación, respaldada por la realidad, de que su voto cuenta realmente, no vacilará en darlo. Con el sistema presente, según el cual alguien elabora las listas y tiene la facultad de cambiarlas hasta unos días antes de la votación, el elector no tiene capacidad decisoria alguna, y no es extraño, sino apenas normal, que no vote.

Debería ser posible, para un sistema auténticamente liberal que ciertas cuestiones vitales, dentro del régimen municipal, del departamental y del nacional, pudieran ser llevadas a su consideración y a su decisión, y no solamente listas de candidatos para las corporaciones públicas. Todo ello implica la existencia de un sistema electoral expedito. Todo ello implica la existencia de un sistema electoral expedito, confiable, respetable y respetado por la nación entera como fuente de la autoridad y origen de las autoridades.

CORRUPCIONES DE LA DEMOCRACIA

Hace tiempo vengo hablando -no proponiendo, que ya no es mi función-, de que el liberalismo se empeñe en desmontar el sistema monárquico que se ha establecido en el país, y que es causa fundamental de las perturbaciones y corrupciones de la democracia. El desarrollo desproporcionado del país no permite, ni aconseja que todas las decisiones se tomen, como hoy ocurre, por una sola persona, en acuerdo con un funcionario elegido por ella, como es el gobierno de Colombia, integrado como dice la Carta, por el Presidente y el ministro del ramo. La creciente debilidad del órgano legislativo que entrega sus facultades al Presidente, hace de este último un monarca con más poder del que ejercieron todos sus antecesores, aun en transitorias dictaduras. La pesadez y casi letargia del régimen político nace de esta conformación. Aparte de que la elección a término fijo, sin revisión posible por un electorado opuesto o insatisfecho por alguna modalidad del régimen, hace —al contrario de lo que se propuso el constituyente colombiano- que se consagre la inestabilidad y se perpetúen las situaciones confusas o equívocas y los conflictos entre los órganos del poder, cuando se susciten. He escrito que un jefe de Estado, con poderes muy limitados y precisos, ese sí por un término fijo, para que preserve la continuidad del poder, debería ser quien, de acuerdo con el Congreso, eligiera al jefe del Gobierno de la nación, que debería estar sujeto a la opinión expresada por el Congreso y a los votos de confianza o desconfianza sobre sus actuaciones. Tratar, como ha sido la tendencia antiliberal de Colombia, de endurecer artificialmente al gobierno para que soporte los embates de la opinión descontenta dentro de un periodo prefijado, es precipitarse gradualmente a la monarquía dictatorial y a la irresponsabilidad del Congreso; que es siempre el primero en someterse a situaciones que no puede alterar. Casi todo el mundo liberal tiene un sistema semejante a éste, que se defiende de la inestabilidad por la capacidad de disolución del Congreso cuando se presenta un conflicto sin aparente alternativa. Aquí lo condenamos de inmediato y a priori como nefasto y propenso al desorden. No hay un desorden más grande que la institucionalización de la monarquía dentro de un régimen aparentemente liberal y con un disfraz de democracia organizada

ELECCIÓN DE GOBERNADORES Y ALCALDES

La elección de gobernadores y alcaldes de las ciudades de cierta magnitud, combinada con las reformas anteriores, no solo haría de Colombia una democracia activa, participante e inteligente, sino que resolvería el problema de la descentralización que se viene tratando sin esperanza. Ese país, así regido por el electorado, por un Congreso recuperado en su función auténtica, por un gobierno sujeto a la crítica y a la censura sobre sus actos, en mi opinión debería ser la aspiración del liberalismo en el porvenir. Tal vez no sea posible lograrla en poco tiempo, ni de una manera radical, pero el liberalismo debería tender hacia ella como una meta, en vez de darle vueltas a la idea de cambiarle el nombre y el propósito a un partido que, dondequiera que se ha definido y logrado, lo ha hecho por caminos semejantes

Naturalmente el proceso gradual pero implacable de la conservatización de los colombianos miraría cualquiera de estas innovaciones a la constitución del gobierno con el horror, que les infundió Núñez y con el recuerdo, en algunos casos lamentable, del gran desorden de la época radical. Algunas vez, como ministro de Gobierno de Alfonso López, fui autorizado por el Presidente para presentar la innovación constitucional del voto de censura a los ministerios y a determinados ministros. Mi recuerdo es que fui mirado con compasión por mis propios copartidarios y con el más grande desdén por los conservadores, para quienes la monarquía de Núñez y Caro era un compendio de sabiduría intocable. Se hizo célebre, y caló muy hondo en la conciencia del partido, la sentencia de que estando en mayoría en la nación y en el poder, lo que correspondía era aplicarle al conservatismo la Constitución que habíamos soportado por cuarenta y cinco años. Pero el liberalismo tuvo oportunidad de introducir algunas reformas sustanciales en la organización política, para hacerla más liberal, y no la aprovechó. No tenía ese propósito. En todos estos años, desde 1930 hasta 1980 no lo ha intentado. Y poco a poco la Constitución monárquica ha ido aumentando desmesuradamente el centralismo, el poder presidencial, disminuyendo la importancia del Congreso, recortando la capacidad del pueblo para decidir en las votaciones, y se ha convertido, en gran parte, en una pesada pero durísima burocracia que opera indiferente a las ambiciones descentralizadas de las secciones y no deja brecha suficiente para la renovación de las ideas y de las personas en el gobierno o en el Congreso

Hay quienes piensan que bastaría con cambiar las personas y los métodos de gobierno, pero ello no sería bastante. La conformación del poder es la que crea los grandes vicios, ampara las malas artes de la política, y elige y reelige sin pausa. Por eso es que a veces, a conciencia de la ineficacia de mi pensamiento, suelo expresarlo, sin encontrar eco alguno. Solo una liberalización del criterio de la masa política y un cambio de la conformación del poder, para hacerlo más liberal, puede dar a Colombia un impulso nuevo, que corresponda realmente a la voluntad de su pueblo y a sus energías soterradas

LA CARTA POLÍTICA

Ni aun en la expresión inocente de los propósitos liberales para el futuro mediato, se suelen presentar éstos, porque la casta política parece declararse satisfecha con lo que existe, y con una ambición muy grande de tomar o retener el poder con toda su fuerza desmesurada. La idea de compartirlo con los ciudadanos y de darles a éstos más participación, le parece descabellada. Como a los que hemos ejercido el gobierno ya nos está permitido expresar pensamientos o creencias que a veces suscitan el escándalo público, yo no tengo ningún reato en hacerlo. Con la certidumbre de que ni

siquiera este va a producirse. Sirva, al menos, como ejemplo de las cosas que el liberalismo podría proponer para el futuro de la política nacional, sin fronteras entre los partidos políticos colombianos. Hay ciertamente manera de avanzar hacia la liberalización de la opinión política colombiana en vez de resignarse a que uno y otro partido se identifiquen constantemente entre lo que puede ser la nación en el futuro

PROGRESOS INSTITUCIONALES

Institucionalmente, pero no siempre en la práctica, en estos cincuenta años, después de 1930, ha habido grandes avances, algunos de los cuales señalan claramente el propósito social del partido. La estatización de innumerables servicios ha llegado a un grado difícilmente superable, al menos en América, Pero como el Estado, que por su política de intervención podría manejar con un criterio social avanzado la economía nacional, no depende de la voluntad popular como debiera, toda esa estatización y toda esa intervención que en otros países, como Inglaterra o Suecia, han causado profundas transformaciones, en Colombia se apagan y destiñen. Por eso lo primero que hay que tratar de modificar es la forma misma del Estado, para hacerlo más liberal, y más responsable y complaciente con lo que conviene a las mayorías nacionales, al pueblo, espectador sombrío del acaecer público y desinteresado de su gobierno y de las operaciones de la burocracia

EL LIBERALISMO SÍ TIENE UN CAMPO DE ACCIÓN

Naturalmente no espero que ustedes, comprometidos como están en una campaña electoral inmediata, tengan ánimo de explorar o siquiera interés en estos temas, que en la acción pública colombiana no suelen discutirse, ni entusiasman aparentemente, a la masa política como motivo de controversia

Pero si los he presentado, es simplemente para mostrar cómo el liberalismo sí tiene un campo formidable para la expansión de su pensamiento y para buscar el apoyo de la nación, en formas menos convencionales de las que la rutina aconseja. Además como una manera de establecer un contacto entre generaciones viejas y nuevas, a propósito de una gran cuestión pública, para que las últimas no se resignen al inacabable y estéril debate sobre la necesidad de que las primeras les entreguen las posiciones de mando, o se retiren, o se mueran

AGUDELO VILLA Y OTROS JEFES

Yo comparto casi totalmente la tesis que este movimiento ha presentado y muchas de las que Hernando Agudelo Villa ha venido sosteniendo a lo largo de estos últimos años. No encontrará nadie extraño que esta figura política que se inició en el gobierno ministerial de la primera administración del Frente Nacional, me inspire a la vez gratitud, admiración y respeto, aparte de estar unida a mí por una amistad muy estrecha. Algo semejante me ocurre con la mayor parte de mis colaboradores y amigos de esa que podríamos llamar segunda generación del partido, entre quienes figuran el actual Presidente, Julio César Turbay Ayala, Virgilio Barco, los Espinosas Valderramas, Otto Morales, Hernán Echavarría y tantos otros que formaron parte en alguna ocasión de mis consejos de gobierno, en los cuales también eminentes contemporáneos míos, como Germán Zea Hernández y Carlos Sanz de Santamaría, fueron, como lo son hoy, destacadísimos liberales dotados de un criterio excepcionalmente claro y todos ellos notables por su honestidad y voluntad de servicio. Su lista completa se haría interminable, pero me sirve para destacar el hecho de que el partido no está privado de personas que puedan emprender una tarea de renovación en todo tiempo. La

dirección de esa empresa, en mi concepto, debería hacerse sobre la línea de liberalizar al partido, y no, ciertamente, de sustituirlo en una vaga dirección de insospechables consecuencias. Por lo demás, no estoy pensando en participar en esa discusión sobre las personalidades más aptas para preservar al liberalismo en el poder, y me limito, desde la orilla, a indicar como sí tiene mucho que hacer y como no es posible que su ideología se confunda con la del conservatismo, con el cual ha convivido como un supremo recurso de paz y curación de las heridas causadas a la nación por los extremos del sectarismo

UNA CAMPAÑA

La campaña que ustedes están adelantando en Medellín, no es tampoco una cuestión de mi competencia, y sólo me limito a elogiar el hecho de que haya un grupo humano muy inteligente resuelto a dar a sus resultados la importancia que se merece el buen manejo de los intereses locales. Y al otro, también notable, de que estén invitando un electorado que perdió las últimas elecciones en la capital de Antioquia por apatía y negligencia, a que vote como debe hacerlo, en todas las elecciones, si aspira el liberalismo a conservar sus mayorías y su presencia en el poder público. A esos dos aspectos, que fueron los que me indujeron a aceptar esta invitación, se limita mi participación en esta reunión liberal. Ya no tengo, por muchas razones personales, ocasión de expresar algunas de mis opiniones de retirado y fatigado hombre público de una etapa concluida, y ustedes mismos podrán juzgar si tienen o no importancia. Las dejo, expósitas, para que los liberales las examinen y las abandonen, como lo han hecho casi siempre con los intentos de liberalizar al partido. Creo, sinceramente que son mejores para Colombia que la promoción de la dictadura del proletariado y muchas otras, menos claras, que todos los días se presentan como actos de desesperación en situaciones que deberían ser remediables. Les reitero mi agradecimiento por la atención que me han prestado y formulo votos porque el liberalismo, gracias en parte a sus empeños, tenga una victoria en las urnas", en marzo.

Publicado en El Tiempo,
25 de enero de 1980